

El hallazgo

- Yo te sujeto, no tengas miedo.
- Pero, es que hay mucho barro. ¿Por qué hay tanto barro?
- Ha llovido.
- ¿Y porqué tengo que bajar yo?
- Pesas menos y te puedo sujetar bien... Se ve desde aquí. Yo te cojo de la mano.
- La semana pasada pasamos por aquí y no lo vimos: ¿cómo es que ahora se ve?
- Ha bajado el cauce del río, pasa siempre en esta época. Seguro que te acuerdas del año pasado.
- ¿Y qué es Penélope?
- No lo sé. Por eso hay que cogerlo, para averiguarlo. Venga, recógelo y vámonos, que se hace tarde y queda poco para el toque de queda.
- ¿Seguro que no rompemos ninguna norma? ¿Y si está prohibido coger este objeto?

Odiseo y su atroz miedo a no cumplir las normas. Odiseo y su manía de enlazar preguntas. Respiro hondo y busco una respuesta que le convenza. Si le contesto erróneamente puedo provocar otro alud de interrogantes.

- No Odi, no. - Aseguro con firmeza-. No hay ninguna prohibición para coger objetos no identificados encontrados en un lugar que no es de nadie y fuera del poblado. Coge mi mano.

Lo hace y alcanza un objeto cuadrado y plano, con dibujos geométricos (círculos y rectángulos) y colores brillantes (azul, amarillo, rojo y verde) en un lado y, al otro, color madera, pero no lo es. Lo limpio y seco con cuidado. Es bonito e incluso Odi lo mira en silencio expectante hasta que sus preguntas salen a trompicones.

- ¿Qué es Penélope? ¿Cómo funciona? ¿Para qué sirve?

Es lo que intento averiguar. Nunca antes lo había visto: es inerte y de un material que no identifico (ni mineral, ni vegetal, ni metálico) Tal vez sea reciclado de algún elemento antiguo, ahora en desuso. Confío en que no sea nocivo pero, por si acaso, no lo huelo ni lo pruebo. Lo miro por todas partes pero no descubro ningún botón para encenderlo ni hendidura para poner un dispositivo. No veo que tenga pantalla táctil.

De repente, suena el primer aviso y a Odiseo le entra prisa por regresar a casa: el miedo al incumplimiento vence su curiosidad. Sujeto el objeto no identificado debajo de mi axila y corremos a la aldea. Suena el segundo aviso y en la puerta, abierta hasta el tercero, está la centenaria Carmen. Mira mi brazo y sus ojillos brillan excitados.

- ¿De dónde has sacado eso?
- Del río.
- No hemos faltado a ningún precepto, ¿verdad Penélope? – Odiseo se agarra a mi, preocupado por haber cometido falta.
- No... - Carmen sonrío mostrando su nueva dentadura y me pide con extraña dulzura y un ligero temblor en su voz, también renovada- ¿Me lo dejas tocar?

Le doy el objeto y ella lo coge con veneración. Será algo de los antiguos dioses. Una lágrima resbala por su cara y queda retenida en una de sus pocas arrugas. Carmen no quiere quitárselas todas porque dice que son los surcos de su largo camino. A veces habla muy enigmáticamente y no la entendemos. Murmura algo de su infancia y una palabra que no conozco: suena algo así como *parchís*.